

Reseña de *Humanismo y posthumanismo. Crisis, restituciones y disputas*

Cabanchik, Samuel y Sebastián Botticelli (comps.), Buenos Aires, Teseo, 2021, 252 páginas

Reseña bibliográfica por Gerardo Oviedo*

Fecha de Recepción: 20/06/2022

Fecha de Aceptación: 20/06/2022

Es Borges quien en el prólogo a *El otro, el mismo* decía que los diccionarios son repertorios artificiosos, muy posteriores a las lenguas que ordenan. Aquí quisiera usufructuar el mentado carácter de artificio, tanto como el funambulismo ontológico de sus a posteriori semánticos. Aún más abusivamente, me excederé en un rasgo que Borges anotaba en su poema “Al idioma alemán” (recogido en *El oro de los tigres*): “...el diccionario que no acierta nunca, con el matiz preciso...”.

Aprovechándome holgadamente de estos rasgos apuntados por Borges, propongo aquí confeccionar un mínimo, enfáticamente sucinto y desde ya arbitrario diccionario filosófico argentino del posthumanismo crítico. Sus entradas terminológicas nos las aportan los autores y autoras del portentoso y desafiante libro que es *Humanismo y posthumanismo*.

Notas para un glosario

Agonía: En clave propedéutica, Samuel Cabanchik y Sebastián Botticelli nos advierten

* Licenciado en Sociología por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (FSoc-UBA) y Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Correo electrónico: gerovied@yahoo.com.ar.

que la filosofía, en sus intervenciones múltiples, permite divisar si las supuestas agonías del humanismo son procesos de resurrección o más bien los últimos estertores de un tiempo cuyo porvenir será el de las formas de lo posthumano. La Introducción al libro firmada por ambos y subtitulada “senderos que se entrecruzan” nos enfrenta preliminarmente a una pregunta general que recorre todo el libro como hilo conductor o paisaje de fondo, y que aquí condenso: ¿qué decir ante la emergencia de un horizonte histórico signado por una vida posthumana o transhumana, donde la noción misma de “humanidad” es socavada, sino sustituida como categoría hermenéutica fundamental de toda experiencia posible?

Antropodicea: Yanina Lo Feudo refiere un tópico existencialista –no necesariamente mentado así– que a la vez no cesa de presentarse como un *factum* desconcertante: a partir de la definición de *humanitas* como apertura e indeterminación se justifica la necesidad de una antropodicea entendida como la importancia de una explicación acerca de los modos en que el hombre llega a ser tal. Lo humano es la carencia de una esencia, y a la vez también los medios para la humanización. Adrián Cangi, por su parte, diagnostica que entre la política clásica y la política globalizada, el hombre del humanismo entra en una crisis histórica de la razón instrumental sostenida, de un lado, por el descrédito del proyecto moderno inconcluso, y del otro, por la vergüenza de ser hombres tras las fábricas de la muerte en serie. Ya no hay retorno de una crisis de los discursos eulógicos, centrados en las lógicas del Sujeto, el Yo y el Individuo. Estas categorías egológicas han fabricado su propia antropodicea, acrecentada desde perspectivas ontológicas, biológicas, zoológicas y antropotécnicas.

Humano: Alejandro Boverio nos convoca a repensar el humanismo para ver qué podemos tomar, si es que algo de lo humano puede recuperarse, de aquellos viejos conceptos demasiado rápido despachados, porque si puede entreverse algo de lo que nos sostuvo en medio del aislamiento social generalizado al que fuimos expuestos y en el que permanecemos aún, eso tal vez sean las humanidades. Mónica Cabrera, en “Constitución y destitución del espacio público”, precisa que la noción de ‘humanidad’ entendida como un concepto que abarca a todos los individuos sin distinción de sus

particularidades, es una categoría histórica puesta en la base del Estado de derecho por la propia y exclusiva condición del ser humano mismo. Esta autora aventura que el concepto de libertad, clave conceptual del humanismo ilustrado, sigue funcionando como marco de referencia allí donde se indican algunos diagnósticos catastróficos posthumanistas que advierten sobre las desdichas que nos depara la máquina antropológica, produciendo “ántropos” como si fuera un artefacto. A su vez, Yanina Lo Feudo advierte que la libertad no podría tener un lugar entre las reflexiones que se dirigen hacia lo que está más allá de lo humano, a riesgo de reponer aspectos del humanismo que precisamente pretende superar.

Humanismo: Samuel Cabanchik y Sebastián Botticelli nos advierten que este libro procura evitar eventuales querellas entre la defensa e impugnación del humanismo, como si se tratara de una reyerta de orden moral. Por eso proponen despejar encrucijadas en vez de entablar competencias, y abrir debates antes que concitar litigios. El humanismo, proclama Alejandro Boverio, es una cierta comunidad de la amistad que atraviesa los siglos y las latitudes y también los libros que compartimos de generación en generación. Martín Ahualli, en “Humanismo y verdad en el pensamiento temprano de Nietzsche (1870-1876)”, advierte que el humanismo aparece como una visión del mundo que ayuda a modelar toda la edad moderna. Shirly Catz, en “Metáforas lévinasianas: un humanismo más allá”, detecta un resto de trascendencia devenido tropo, desvío de lo ausente que sin embargo se expresa en el rostro. Yanina Lo Feudo nos desafía a abrir nuevamente la pregunta por la libertad sin reestablecer a través de ella el punto de vista del humanismo. Sebastián Botticelli advierte que si efectivamente estamos asistiendo al fin del sueño que la Ilustración tejió en torno a la figura de “el hombre”, la tarea de construcción por delante será acuciante y monumental; si el humanismo ya no tiene lugar en nuestro tiempo futuro, no se tratará de reponerlo ni de traducirlo, sino de gestar nuevos tratamientos para el problema de vivir con otros. Adrián Cangi sugiere que debería distinguirse con cautela el “no-humanismo” del sistema, respecto del “no-humanismo” como un más allá del hombre, porque uno supone su aniquilación maquínica mientras que el otro implica su rebasamiento

ilimitado. Este autor considera que es en la diferencia entre ambas alternativas que se juega la historia de nuestro tiempo de experimentación de la caída del humanismo.

Metafísica: Shirly Catz piensa que acaso la superación de una subjetividad cerrada sobre sí tal como la concibió la tradición metafísica occidental, no implique al cabo abandonar toda noción de la trascendencia. Yanina Lo Feudo recuerda que en la historia de la metafísica somos testigos de una multiplicación de los discursos sobre la libertad, problema que constituye uno de los problemas más debatidos y cuestionados por distintas tradiciones. Con Heidegger, esta autora reconoce que la preocupación por la *humanitas* no resulta privativa de los desarrollos filosóficos e intelectuales de la Europa de los siglos XIV y XV, pues recorre la historia de la metafísica en Occidente adoptando distintas expresiones, desde la *romanitas* hasta los humanismos de posguerra. De ahí que para Heidegger, la metafísica sea esencialmente humanista. Roberto Magliano observa críticamente que Sloterdijk se ha propuesto, sin resolverlo, contribuir a disolver la herencia todavía vigente de la metafísica del individuo y la sustancia. También indica que la función que ha cumplido la metafísica es proponerse, como tarea propia de la filosofía, hallar cuál de todos los modos de ser es aquel que realiza con más propiedad el acto de ser, al que se referirían todos los otros modos (se diría, en múltiples enlaces subordinados). La trascendencia histórica que la noción de *ousía* ha tenido estriba en representar *lo primero* en el orden del ser. Semejante precedencia es lo que ha desvanecido la posmodernidad, concluye este autor.

Posthumanismo: Yanina Lo Feudo advierte sobre el giro mediante el cual el posthumanismo parecería arribar al mismo lugar de donde partió, eximiendo al hombre de la responsabilidad por su propia gesta humanizante, y restituyendo así la candidez que pretendía desenmascarar. Eduardo Bianchini refiere que lo que contemporáneamente se denomina posthumanismo puede concebirse como el fin de la lucha del hombre por alcanzar su plena humanidad separándose y distinguiéndose de la animalidad, tanto exteriormente como dentro de él mismo. Así, carente ya de una forma que lo distinga ontológicamente de la naturaleza y de las cosas, el posthumano no tiene ante sí otra tarea que la gestión y la modificación técnica de sí mismo. El

posthumanismo parece de este modo un intento de colocar al ser humano en el lugar de Dios y concretar a su vez, por medio de las biotecnologías, el sueño utópico prometido por la religión, consistente en la eliminación del dolor, el sufrimiento y la muerte física. Esteban Ierardo manifiesta que el posthumanismo devino actualmente un horizonte ineludible de reflexión respecto al *sapiens* atravesado por las altas tecnologías, y añade que la pandemia trae la necesidad de actuar dentro de un orden inmunológico, que dé respuestas a amenazas biológicas antes no valoradas en todo su poder sobre la fragilidad del individuo. Este autor registra como un dato insoslayable el hecho de que el desarrollo de las tecnologías emergentes como la biónica, la nanotecnología, la robótica o la ingeniería genética, impelen un proceso de evolución acelerada del humano hacia el posthumano.

Vida: Roberto Magliano admite que nuestro mundo íntimo es en verdad el más cercano y próximo, revelando con ello que nuestra vida se hace de cosas comunes, donde habitamos la contingencia, la improbabilidad antes que la estabilidad mullida de una realidad inamovible. En suma, estamos destinados a ocuparnos de cosas más patentes y menos metafísicas. Esteban Ierardo nota que la superación de la vida breve es la vida que se extiende respecto a su límite natural, primero como longevidad ampliada, y, en un punto extremo, como inmortalidad, mostrando con ello que el transhumanismo aspira a esa meta de inmortalidad en el futuro, y así continúa una estrategia mítica y antigua en pos de la no-muerte. Ante el mandado de Wittgenstein, “Sé Feliz”, Samuel Cabanchik reflexiona que su cumplimiento como deber ser no consistiría en ninguna forma específica de vivir, excepto la de afectarse a sí mismo con la escisión constitutiva de la vida humana, puesto que a través de semejante afectación, el modo en que ejercemos nuestra voluntad o nuestro deseo modifica la vida de cada quien como una totalidad. Y si bien por este medio se introduce en la vida un valor absoluto, éste sin embargo no sirve a los fines de indicar algún curso de acción específico, porque ello lo dictaminan los valores inmanentes al mundo. Ese absoluto no sustancial hace de la vida la fuente misma de todo impulso en dirección de cualquier valor o cualquier finalidad o destinación teleológica.

Una consideración final

Infundido de un cromatismo categorial que nadie podría reprocharle, el libro que vengo comentando se explaya tan prismáticamente que resulta difícil tenerse en pie en un único registro de recepción, tanto estético-retórico como lexicográfico-conceptual, pese a ciertas recurrencias nominativas y autorales, especialmente contemporáneas. Al menos si bajo esta denominación capturamos un ciclo que involucra de Nietzsche a Agamben, peinando el canon occidental a contrapelo o exponiendo sus fisuras y socavones.

Paso en limpio, porque seguramente no me estoy haciendo entender: no solo me incitan, sino que me cautivan y estremecen las hipótesis argentinas que se discuten en este libro, con independencia de las filigranas exegéticas universalistas que pule tan delicadamente. Un filosofar que bailotea en sí mismo, volcando todo a su alrededor, dionisiacamente nocturnal, y sin embargo, nunca olvidado de su despejarse entre espolones lógico-semánticos, finalmente más cerca de la vigilia meditativa de lo que su ensoñación báquica querría, aferrando sus pictogramas de legibilidad a los encajes argumentativos, siempre cavilando al amparo de una temporalidad sintagmática, secuencial, eslabonada, pero no por ello menos desestabilizada y dislocada de piruetas y cabriolas. Danzar mientras se pueda. Quién sabe cuándo el resplandor del día se encapota repentinamente de tormenta, o la intemperie del anochecer se desploma pesadamente como una helada invernal (del tamaño de una habitación).

Pensar severamente, escribir líricamente. He aquí un lema quizá no inadecuado para dar con el tono de este libro argentino, aun ensalzando su productiva diversidad temática e interpretativa. A propósito de la textura filosófica y poética de este libro, permítanme una última reflexión digresiva.

Es bien sabido que ya la firma de autor abre y a la vez delimita el círculo hermenéutico que goza o padece su nombre. Por eso, lúdicamente, voy a leer un párrafo un tanto airado y recién después explicitaré su firma. La módica charada reside en

sospechar a quién pertenece. Cito: “El llevar clara conciencia a la propia comprensión-del-ser no requiere necesariamente estudios formales. Hay muchas maneras de embrutecerse, y una de ellas pueden ser los estudios académicos; no ha de creerse que la cultura está forzosamente ligada a los exámenes, a los títulos y a los libros, si bien, fuera de duda, la *adecuada* formación académica puede constituir una excelente ayuda y necesaria disciplina para lo que de otro modo fuera dispersión o esfuerzo vano. Esto conviene ponerlo de relieve, sobre todo en nuestros días, contra la fácil crítica de todo lo ‘académico’, crítica que por lo general es fruto de la incapacidad, del resentimiento, la ignorancia o la haraganería. Lo que las consideraciones anteriores pretenden es tan sólo insistir en que la filosofía, entendida como proyecto-del-ser –y no, verbi gracia, como libros de filosofía, que se publican en cantidad y pueden ser pésimos–, expresa el núcleo esencial del hombre, aquello de lo que no es posible prescindir sin dejar de ser lo que en cada caso se es”.

Esta diatriba, devastadoramente achacable a un profesor melancólico más que a un ensayista mortificado, no resulta fácilmente detectable en la firma de Adolfo P. Carpio, y menos, en las páginas que cierran su manual de introducción a la historia de la filosofía occidental, que debía estudiar, o por lo menos no desatender, quien por ejemplo a comienzos de la década del noventa quisiera ingresar a la Carrera de Filosofía de la UBA, o entre nos, a Filo de “Puán”. En efecto, la cita la extraigo de la página 492 de sus *Principios de Filosofía*, que yo tomo de una vieja fotocopia de 1991 pero que se publicó entre 1975 y 2015, y nada indica que dejará de editarse.

Creo, sin necesidad de exaltarme pero con firmeza, que lo que temía Carpio era la emergencia de lo que podríamos llamar el *ensayo académico*. Percibo que es efectivamente lo que hacemos, más allá de los obligados o ineludibles o inexorables *papers*. Todavía en el triunfante modelo de la normalización filosófica del siglo XX, preconizado por Francisco Romero, era nítida la separación entre erudición académica profesional e intervención ensayística libre. Saltaba a los ojos el contraste enunciativo, por caso, entre el propio Carpio, de un lado, y Sebrelí, del otro. Incluso en el campo humanístico de fines del siglo XX, se podía distinguir muy bien entre el estilo de Mario

Presas y el de León Rozitchner, el de Jorge Dotti y el de Horacio González, etcétera, y esto dejando aparte las posiciones ideológicas respectivas. El problema para Carpio, si no me equivoco, se presenta a partir del momento en que la cultura académica erudita es inficionada por una *poética de ideas* (como la llamó José Fernández Vega), encarnada en la vida y cultivada con creatividad conceptual y riesgo teórico. Acaso un horrorizado Carpio avizó lo que juzgaría un peligro corruptor para la filosofía normalizada argentina: cuando los ensayistas críticos no son ya escritores independientes o intelectuales francotiradores, sino académicos competentes, autoridades de referencia en el sistema de investigación nacional o jóvenes de promisorias carreras y precoces logros. Por eso creo que este libro hubiera enmudecido de escándalo al profesor Carpio. ¿Es que ahora los profesores escriben así, cascabeleando los conceptos entre metáforas, mezclando firmas ilustres con enunciados propios e intransferibles, ahondando surcos y rompiendo terrones de la gleba filosófica universal con retóricas del castellano rioplatense y declinaciones de una sensibilidad barroca?

Quizá exagero, quizá sí me exalto. Quizá yo mezclo ensayismo y teoría del mismo modo en que podría confundir el valor documental o ecdótico –como dicen los filólogos– entre edición príncipe de una obra canónica y correspondencia privada de un autor. Quizá yo designe como “argentino” y localizado lo que es indiferentemente ubicuo. Quizá incluso tergiverse inadvertidamente a Carpio. Todo puede ser.

Horacio González alguna vez comentó que Carlos Astrada y Macedonio Fernández no se leyeron seriamente, sino que apenas se tantearon en los intercambios cotidianos de sus cartas personales. Su intuición era que la filosofía argentina también se practicaba en esas reticencias. Yo me tomé el trabajo de leer este libro y no estoy seguro todavía de haberlo entendido. Quizá sus autores y autoras pensarán de sí que no lo dieron todo, sino apenas tanteos de lo mucho que todavía tienen para decir y meditar, demasiadas veces asediados por la nuda y fáctica cotidianidad. Y entonces que pese a tantos esfuerzos, sólo nos dieron anunciaciones y tanteos. Pero yo me permito todavía creer que *también* esos tanteos expectantes siguen reinventando algo así como una “filosofía argentina”.

Referencias bibliográficas

Borges, Jorge Luis (2018). *El oro de los tigres*. Sudamericana

Cabanchik, Samuel & Botticelli, Sebastián (2021). *Humanismo y posthumanismo. Crisis, restituciones y disputas*. Teseo.

Carpio, Adolfo (1975). *Principios de Filosofía*. Glauco.